

CORREO ARGENTINO OFICINAS
TOMO III
 FRANQUEO

SEGURIDAD

5c
 INDIQUE EL NUMERO CORRECTO DE CODIGO POSTAL
 REPUBLICA ARGENTINA

20c
 Coloque aquí sus estampillas
 REPUBLICA ARGENTINA

CORRIENTES EN EL SIGLO XX



UNIVERSIDAD NACIONAL DEL NORDESTE
fundación aguas DE CORRIENTES

EXPRESO



LA HISTORIA DE CORRIENTES VA A LA ESCUELA

9 789872 170837 \$ 00.00

FAJA DE SEGURIDAD

**Programa Editorial de:
Fundación Aguas de Corrientes
y
Universidad Nacional del Nordeste**

Fundación Aguas de Corrientes Consejo de Administración

Presidente	Dr. José Jorge Chamas
Vicepresidente	Dr. Jorge Isaac García
Secretario	Cr. Pablo Gustavo Chamas
Tesorero	Cr. Roque Rogelio Roibón
Vocal 1°	Sr. Jorge Gutnisky
Vocal 2°	Dr. Joaquín García
Vocal 3°	Prof. Mabel Muzzio
Vocal Suplente	Dr. Raúl Osvaldo Marasco
Vocal Suplente	Cr. Alfredo Ataliva Schweizer
Vocal Suplente	Arq. Pablo Federico Langus

Universidad Nacional del Nordeste

Rector	Arq. Oscar V. Valdés
Vicerector	Dr. Hugo Domitrovic
Secretario General Académico	Med. Vet. Orlando A. Macció
Secretario General de Cs y Técnica	Dr. Ángel J. V. Fusco
Secretaría General Administrativa	Cra. Susana Correau de Dusek
Secretario General de Asuntos Soc.	Ing. Ramón Esquivel
Secretario General de Ext. Universitaria	Ing. Hugo D. Dominguez

Coordinación Inter Institucional

Eugenia Fuentes (FAC)
Arq. Ángela Sanchez Negrette (UNNE)

Producción Ejecutiva y Edición

Lic. Cecilia E. Bianciotto

Coordinación Académica

María del Mar Solís Carnicer

Corrección Lingüística de textos

Mgter. Lucía Inés Puppo



La historia de Corrientes va a la escuela

TOMO III

Corrientes en el Siglo XX

Autores:

María del Mar Solís Carnicer . Adriana María Covalova . María Silvia Leoni . Ángela Sánchez Negrette . María Gabriela Quiñónez . Dardo Ramírez Braschi . César Héctor Zarrabeitia . Enrique C. Schaller .



Diseño de Tapa (*)

Lic. Fabián Blumenstein - MultiNexo

Diseño y Diagramación

Lic. Mariana Rodríguez - MultiNexo

Impresión

Imprenta de la UNNE. Las Heras 727. Resistencia, Chaco.

ISBN

978-987-21708-3-7

Ira Edición

Diciembre, 2008

Argentina

(*) Para la realización de la tapa se utilizó parte del mapa del folleto "Corrientes Argentina" del Automóvil Club Argentino, en homenaje al 400 aniversario de la fundación de la Ciudad de Corrientes.



CAPÍTULO 4

Sociedad, cultura y vida cotidiana en Corrientes en el siglo XX

María Gabriela Quiñónez – Adriana María Covalova



Vida social y actividades culturales en Corrientes en la primera mitad del siglo XX

María Gabriela Quiñónez

La sociedad urbana de Corrientes

Según los datos del segundo y tercer censo nacional, la población de la ciudad de Corrientes, principal centro urbano de la provincia, había pasado de 21.588 habitantes en 1895 a un total de 39.031 en 1914. Luego del prolongado período intercensal que se cierra en 1947, la ciudad reunía 56.544 habitantes, que representaban más del doble de la población de comienzos del siglo. Por entonces, la provincia seguía contando con un importante índice de población rural, y la capital reunía alrededor de un 15 % del total provincial. Con esos números la ciudad de Corrientes era el principal centro urbano de la región que en poco tiempo sería denominada formalmente “Nordeste”.

Más allá de los datos demográficos, la sociedad correntina de principios del siglo XX se estructuraba en torno de una elite que se había configurado a lo largo del siglo anterior en medio de las luchas por la organización nacional. A las familias de tradición patricia, que constituían una minoría de rasgos aristocráticos, dedicadas a la explotación ganadera, celosas de sus linajes y conservadoras de las antiguas costumbres y la fe católica; se sumaron nuevos sectores surgidos de un peculiar y prematuro proceso inmigratorio, favorecidos por el éxito de sus actividades comerciales e industriales. Ambos sectores conformaban una suerte de elite dirigente integrada por círculos de relaciones estables que se interrelacionaban en distintos ámbitos: en la política, en los negocios y en las prácticas sociales. El estatus social no dependía exclusivamente de la tradición

familiar o del nivel económico, el valor que estos sectores atribuían a la capacidad intelectual de los sujetos, al desarrollo de talentos artísticos y la educación superior proporcionaba una vía de ascenso social que permitía llegar a pertenecer o, en cierta medida, a participar de las actividades sociales propias de esos círculos.



Imag. 1: Grupo familiar a principios de siglo XX.





Imag. 2: Grupo de muchachos en una calle correntina a comienzos de siglo.

A comienzos del siglo XX se observaban indicios de las posibilidades de ascenso social que comenzaba a ofrecer la sociedad correntina a quienes procedían de los estratos superiores de los sectores medios y populares, que crecían y se diversificaban. La capacidad intelectual, el éxito profesional, el talento para las artes o los negocios y la constante participación en las actividades cívicas y sociales, favorecieron a muchos individuos sin fortuna con un alto prestigio. La posición adquirida de esta manera permitía que sus hijos aspiraran a integrar los círculos de la elite social o pudieran interactuar con sus miembros. A pesar de ello, algunas familias tradicionales se

mostraban reticentes a admitir a nuevos miembros para preservar la pureza de sus linajes.

A lo largo de la primera mitad del siglo XX, los estratos sociales medios y los sectores populares fueron creciendo numéricamente, y su presencia fue cada vez más visible en los nuevos escenarios de sociabilidad que presentaba la ciudad. Estos sectores estaban integrados por profesionales, cuentapropistas, empleados estatales, pequeños comerciantes, dependientes de comercio, maestros e individuos que ejercían los más variados oficios, siendo evidente que por los rasgos tradicionales que mantenía la economía provincial, no había podido desarrollarse un sector obrero numeroso como el que crecía en las ciudades



Imag. 3: Reunión familiar a comienzos del siglo XX.

industriales del centro del país.

La familia constituía una unidad de prestigio que permitía a sus miembros sostener una posición dentro de la estructura social, a través de las redes de parentesco o de vínculos de amistades o de negocios. Aquellos que integraban los círculos sociales gozaban de prestigio heredado o adquirido, sus miembros compartían las mismas ocupaciones o negocios, la formación cultural, el estilo de vida, las ideas y los valores; se identificaban por los lugares en que vivían, por sus posesiones y actividades simbólicas.

El escenario urbano

Desde fines del siglo XIX la ciudad de Corrientes, al igual que otras capitales de provincia, protagonizó una importante transformación que alteró su imagen colonial, con la introducción de nuevos estilos arquitectónicos y de elementos de modernización que modificaron el paisaje urbano. La persistente ciudad colonial fue retrocediendo lentamente ante los cambios introducidos por el municipio y los particulares

con el objeto de lograr que la ciudad, y fundamentalmente el área central, evidenciaran signos del progreso económico y cultural del que sus habitantes se sentían protagonistas.

Las viejas casas de adobe fueron reemplazadas paulatinamente por residencias de estilo italianizante y mansiones de estilo ecléctico (se basa en la combinación de elementos de distintas épocas y estilos) que se elevaron sobre las principales calles de la ciudad. En estas nuevas residencias, especialmente aquellas que pertenecían a las familias más acaudaladas, la ostentación en las fachadas y el decorado interior, el número de habitaciones y las dimensiones de los espacios de recepción, daban testimonio de haber sido concebidas para

la vida social del círculo al que pertenecían sus propietarios.

Tanto las plazas, como el muelle y el parque Mitre fueron embellecidos con arboledas, jardines, avenidas, retretas, monumentos y la infraestructura necesaria para convertirlos en sitios de expansión social. La plaza Mayo, desde los tiempos coloniales, constituía el sitio de mayor jerarquía social de la ciudad y vivir en sus cercanías era un claro signo de distinción. Su entorno terminó de renovarse en la primera década del siglo XX, cuando se edificaron las sedes de la Legislatura y la Jefatura de Policía; que se sumaron al Palacio de Gobierno (construido durante la década de 1880), al renovado templo de la Virgen de la Merced, a la escuela graduada



Imag. 4: **Plaza Sargento Cabral.** Incluía en su entorno la iglesia Catedral y la escuela graduada de niños (Escuela N° I “Manuel Belgrano”).



de niñas y algunas residencias de familias del patriciado. Un esquema similar, rodeaba las otras plazas: la de Cabral, que incluía en su entorno la iglesia Catedral y la escuela graduada de niños; la de la Cruz, que estaba enmarcada por el templo de la Cruz del Milagro y la escuela del Centenario, obsequiada por el gobierno nacional a la provincia con motivo del aniversario patrio.

En 1929, comenzó a construirse la costanera que, en sucesivas etapas, llegó a su concreción en el año 1944.

Las principales calles de la ciudad eran Junín y Julio seguidas por Mayo e Independencia (hoy Carlos Pellegrini), junto a Mendoza, San Juan y Rioja hasta Ayacucho (hoy Hipólito Yrigoyen). El crecimiento del vecindario de los sectores de elite se produjo hacia el este de la plaza

San Juan y Rioja, dado que sobre ellas se fueron ubicando desde fines del siglo XIX, los principales comercios de todos los ramos y las oficinas de los profesionales, quizás por la atracción que generaba la presencia del nuevo Mercado. Avanzando el período, ya en los años treinta, la calle Junín les arrebató ese carácter, convirtiéndose en la principal arteria de la ciudad desde todo punto de vista.



Imag. 5: La costanera se construyó desde 1929. Aquí vista parcial de la punta San Sebastián en los años cuarenta.



Imag. 6: El mercado era un centro de gran actividad económica desde fines del siglo XIX, por eso numerosos comercios y oficinas de los profesionales se ubicaron cerca del mismo.

Otros sitios importantes para el paseo al aire libre eran el Muelle, también denominado Puerto Villegas; el antiguo Paseo de la Batería, denominado Mitre en la nomenclatura de 1902; y el Paseo de la Columna, ubicado en la zona de Arazatí junto a la penitenciaría y las instalaciones del ejército y del Ferrocarril Nordeste Argentino.

Mayo, hasta formar un circuito que se mezclaba con el vecindario de la plaza Cabral, que le seguía en importancia social. Las calles de mayor relevancia como sitios de residencias eran San Juan, Junín, Julio, Independencia, Mayo y Libertad (hoy Fray José de la Quintana). Mientras que desde el punto de vista comercial, lo eran

Desde fines del XIX este sector de la ciudad se fue poblando de nuevos hitos urbanos y de otros que fueron renovados. Allí se ubicaban las sedes de los clubes tradicionales, “el Progreso” en los altos de la esquina de San Juan e Independencia, y “el Social”, a muy corta distancia sobre Independencia entre San Juan y Mendoza.



Por su parte, los extranjeros – especialmente los italianos y españoles – crearon sus centros de reunión y, a diferencia de los clubes de la elite, que no contaban con edificios propios, construyeron sus instalaciones. El imponente edificio de la sociedad italiana se ubicaba desde 1887 por Independencia entre Mendoza y San Juan. La sede de los españoles, construida para 1914, se hallaba por Mendoza, muy cerca del templo de San Francisco. La llegada de nuevas familias extranjeras durante el siglo XX dio lugar a la creación de los centros israelitas y de la sociedad sirio-libanesa, que lograron establecer sus sedes

sociales en cercanías de los nuevos límites que adquiriría el espacio céntrico de la ciudad.

El Teatro “Juan de Vera”, demolido en 1907 debido a su avanzado deterioro, fue reconstruido para 1913 y se le anexó una Terraza inaugurada al año siguiente. Los cafés estaban ubicados en el mismo sector: el “Café Francés” de Ovidio Lequeux, sobre Rioja entre Mayo y Libertad; el “Café Buenos Aires” de Gil Pérez, en la esquina de San Juan e Independencia; el de Victorio Mecca en Julio y Mendoza; el de Antonia Puccini, en Mendoza e Independencia, y el de Pedro Grillo entre San Juan y Mayo. Allí también se ubicaron

los cinematógrafos como el “Cine Park” y “La Perla” en la década del diez y, en los años treinta y cuarenta, los cines “Rex” y “Colón”.

Un elemento importante fue la instalación del alumbrado eléctrico que se concretó en 1905 sobre 50 manzanas de la zona céntrica comprendida entre las calles Vera, Santa Fe, Ayacucho y San Luís; y áreas específicas como los paseos, el muelle, los hospitales y las plazas, que fue ampliándose paulatinamente desde 1913.

De las numerosas asociaciones culturales y atléticas que surgieron desde principios de siglo, las orientadas a las actividades deportivas dieron origen a sólidas instituciones de elevado prestigio como la “Sociedad Tiro Federal” o el “Jockey Club” que inauguró las instalaciones del Hipódromo en las fiestas del centenario. En los años veinte surgieron los dos clubes que tuvieron una importante actividad deportiva y social en las décadas siguientes: el “Club de Regatas”, situado en un sector ribereño del Parque Mitre, y el “Corrientes Tennis Club”, con su moderna infraestructura ubicada en un extremo de la ciudad, sobre la pintoresca avenida que conducía a las quintas.



Imag. 7: Teatro “Juan de Vera”. Viejo edificio demolido en 1907.

La vida social

El ritmo de la vida social estaba regido por un calendario con numerosas celebraciones cívicas y religiosas que, en cierta medida, ordenaba las prácticas destinadas al esparcimiento y la recreación. Luego de las fiestas de Navidad y Año Nuevo, las familias iniciaban la acostumbrada emigración veraniega para sustraerse al sofocante calor de la ciudad. Se trasladaban a las quintas suburbanas o las estancias del interior, retornando para las fiestas de Carnaval.

Finalizado este período, la Cuaresma imponía un ritmo de actividades acordes con la temporada otoñal, que llegaban a su punto culminante con la celebración de la Semana Santa y la Pascua. Los tiempos religiosos marcaban esencialmente el ritmo de la actividad femenina, desde la fiesta de la Cruz del Milagro, en el mes de mayo, se sucedían triduos, novenarios, procesiones y funciones religiosas: Corpus Christi, San Antonio de Padua, la festividad de la Virgen de Itatí, el mes del Sagrado Corazón, Santa Ana y San Luís (patronos de los pueblos vecinos), la Virgen de la Merced, San Francisco, la

Virgen del Rosario y el Mes de María, hasta renovarse el ciclo con la Navidad. Al calendario desbordante de celebraciones religiosas, se sumaban las fiestas cívicas de mayo y julio, y particularmente desde los años treinta, la del Día de la Raza en el mes de octubre.

Cotidianamente el tiempo debía distribuirse entre las obligaciones del trabajo, del estudio y las distracciones que proporcionaban las retretas y los paseos, el cinematógrafo, la radio, el teatro, las reuniones y prácticas deportivas. Las cofradías y sociedades de beneficencia, integradas por damas de la elite, y las instituciones escolares y culturales ofrecían, en determinadas épocas del año, reuniones y veladas que obligaban a sus dirigentes y miembros a invertir gran parte de su tiempo en la preparación de las mismas.

La sociabilidad tenía como escenario principal a los espacios públicos como las plazas, los atrios de las iglesias, las calles y los paseos. Fuera de los hogares, los clubes sociales y los sitios de reunión como los cafés, eran los preferidos en las primeras décadas del siglo. Espacios simbólicos como los clubes sociales, surgidos de la alianza de intereses de

miembros de la elite, tendían a reforzar las conexiones familiares o de amistad; pertenecer a ellos proporcionaba prestigio a sus miembros y remarcaba las diferencias que los distanciaban del resto de la sociedad. Los espacios abiertos en cambio, permitían ejercer una sociabilidad más extendida que, en ciertas ocasiones, como las fiestas patrias o las celebraciones religiosas, los sectores de mayor prestigio debían compartir con los grupos sociales medios y populares.

Al retornar a la ciudad luego de la emigración veraniega, la principal actividad social era la organización de las comparsas para el Corso y los bailes de Carnaval. Luego de la Cuaresma y las Pascuas, la vida social recuperaba el ritmo agitado que dominaba el resto del año: las asociaciones retomaban las actividades que proporcionaban entretenimientos a la sociedad, se inauguraban las temporadas deportivas, teatrales, y se iniciaba la secuencia de celebraciones religiosas y patrióticas.

La retreta se había convertido, desde el siglo XIX, en la actividad social más tradicional y exitosa. Consistía en la ejecución de piezas musicales al aire libre por las bandas de la Policía o del



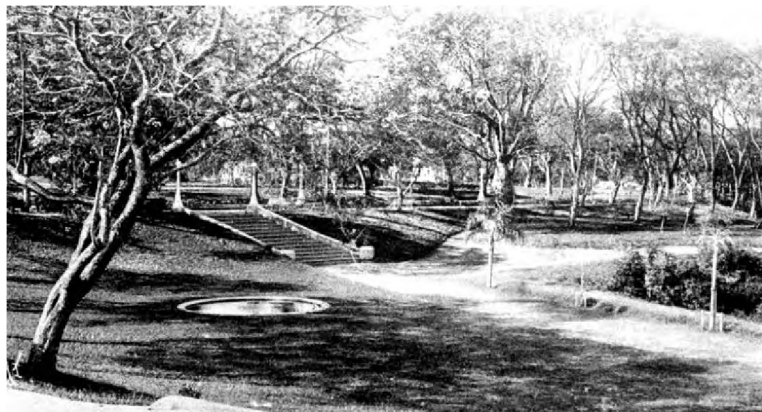
Regimiento. La programación de las mismas corría por cuenta de sus directores, pero al realizarse en lugares públicos, también eran responsabilidad del municipio. El anuncio de los horarios y espacios públicos en que debían realizarse se hacía por la prensa y se tomó la costumbre de anticipar el repertorio para atraer mayor concurrencia. La Plaza Mayo y el Muelle fueron, por varias décadas, los escenarios de esta práctica, que se realizaba por las tardes en los meses del invierno y en horarios nocturnos el resto del año. Los directores de las bandas buscaban prestigiar las retretas, cuidando la calidad de las ejecuciones y seleccionando con esmero el repertorio para satisfacer las exigencias del público. Tradicionalmente ofrecían marchas, valsos, tangos, mazurcas y polkas, y desde los primeros años del siglo XX, se incorporaron piezas de ópera y de música clásica muy apreciadas por el público.

Cuando la retreta era ejecutada en la plaza, ésta se convertía en escenario de un ritual invariable: los concurrentes se desplazaban por las avenidas laterales y diagonales o se detenían a escuchar las ejecuciones sentados en los bancos disponibles; si

acudían en carruajes daban vueltas en derredor o simplemente, se paraban a apreciar las ejecuciones musicales. En los días de retretas o de corsos de flores, las personas acudían a la plaza buscando posibilidades de relacionarse socialmente. La jerarquía social de estas actividades recreativas dependía del elemento humano que convocaban habitualmente y, dado que eran identificatorias de los sectores tradicionales y acomodados, la participación en ellas resultaba una obligación impuesta por la pertenencia a los círculos sociales. La retreta propiciaba el encuentro tanto para el establecimiento de nuevos vínculos, como para el fortalecimiento de los ya existentes.

La gran importancia social de estos paseos determinó que los vecindarios que rodeaban a otras plazas como la de Cabral o de la Cruz, buscaran embellecerlas y propiciar la realización de sus retretas. Para quebrar la monotonía de esta forma habitual de recreación, en ocasiones, se recurría a actividades como los corsos de flores, que se realizaban en las plazas o el paseo Mitre, o las gondolatas o fiestas venecianas, que tenían la virtud de favorecer también el disfrute del río.

En los años treinta se sumó la banda popular, constituida por los músicos que fueron desplazados de los cinematógrafos por la aparición del cine sonoro. Esta banda, la del regimiento y la de policías siguieron brindando



Imag.8: Vista parcial del Parque Mitre. La gran importancia social de este paseo implicó que los vecindarios que lo rodeaban buscaran embellecer la zona.

audiciones musicales periódicas al aire libre, en escenarios tradicionales como las plazas o el muelle, o en sitios renovados como el parque Mitre o la costanera, fundamentalmente a partir de los años cuarenta cuando se impuso este nuevo escenario.

Las reuniones realizadas en las residencias de familias de la elite también constituían espacios de relaciones en las que se perpetuaban y extendían los vínculos familiares y las amistades, permitiendo el sostenimiento y la expansión de los círculos sociales.

La tertulia, versión americana de los salones europeos, era una práctica común desde el siglo XIX. Estas reuniones podían ser informales y espontáneas sin mediar algún motivo especial que la justificara, o bien por la celebración de un cumpleaños u onomástico (día en que una persona celebra su santo). Además de la cena y la plática, los anfitriones o sus invitados acostumbraban ejecutar piezas musicales, demostrando así sus habilidades artísticas.

Los recibos, en cambio, eran reuniones realizadas por las familias patricias y su perpetuación en el siglo XX indicaba el deseo de mantener

el prestigio heredado, además de crear oportunidades para la ostentación. Estas reuniones, de mayor formalidad, eran ofrecidas con regularidad y podían ser semanales o mensuales. La concurrencia era más numerosa que en las tertulias y generalmente se servía un lunch antes de que se iniciara el baile.

Otra costumbre, de tono estrictamente masculino, eran los banquetes realizados en el Hotel Buenos Aires o en los clubes sociales, por los más variados motivos: despedidas, anuncios matrimoniales, nombramientos en la función pública, victorias electorales, finalización de una carrera universitaria, desagravios o la celebración del éxito de algún evento artístico. Esta costumbre se mantuvo hasta el final del período y en los años cuarenta adquirió nuevos escenarios con el Salón del Jockey Club y el Hotel Savoy.

La aparición de nuevos espacios de sociabilidad como los renovados cafés del siglo XX, dieron lugar a nuevas prácticas. En diciembre de 1903, Gil Pérez, el entusiasta propietario del Hotel Buenos Aires, inauguró el “Jardín Florida”, que rápidamente se convirtió en el sitio favorito de los círculos sociales. El local

era una terraza con jardín al aire libre, adyacente a los salones del Café Buenos Aires, en el cual se realizaban conciertos que eran apreciados mientras se consumían sus servicios. Al reunir a lo más selecto de los círculos sociales, los conciertos del Jardín se convirtieron en las principales reuniones sociales de la ciudad realizadas fuera de los hogares. Más tarde se sumaron otros espectáculos: a principios de 1905 una compañía cómicolírica para dar pequeñas funciones teatrales y, al final de la temporada, la esperada llegada del primer cinematógrafo.

También en ese año, en que se había instalado en la ciudad el alumbrado eléctrico, el Teatro Vera ofreció un espectáculo de vistas cinematográficas acompañado de ejecuciones musicales, que deleitó al público que colmó sus palcos y plateas. Los programas de las vistas consistían en la exhibición de imágenes de diversa naturaleza: paisajes, ciudades, episodios de guerra, situaciones lejanas y desconocidas que seducían a los espectadores. La novedad del entretenimiento y el realismo de las imágenes motivaba los aplausos de la platea, que crecía en intensidad cuando las vistas reflejaban escenas cómicas.



El teatro Vera, el Jardín Florida, y posteriormente el Café Francés de Ovidio Lequeux, se transformaron en los centros de recreación y sociabilidad más importantes por la incorporación del cinematógrafo. Por primera vez se instaló en Corrientes el novedoso sistema de la consumición libre por el pago de entrada, que ya se acostumbraba en Buenos Aires, y se establecieron funciones de matiné dedicadas especialmente al público infantil. La animación musical infaltable, dada la ausencia de sonido de las imágenes, estaba a cargo de los numerosos músicos extranjeros que se habían establecido en la ciudad.

El renovado teatro, inaugurado en 1913, alternaba en su programación las funciones teatrales de compañías de óperas, zarzuelas y comedias con la proyección de cintas. También se sumaron nuevas empresas como el Cine Park, instalado a fines de 1914 en la esquina de la Plaza Cabral. El lugar consistía en una terraza con servicio de bar en la que se brindaban espectáculos cinematográficos traídos del Teatro Ópera de Buenos Aires y un noticiario con imágenes de la guerra europea. Junto al nuevo edificio del Juan de Vera,



Imag. 9: Interior del café La Perla inaugurado en 1918 por la familia Liotti.

el empresario Carlos Doderó hizo construir una Terraza que debía funcionar como teatro al aire libre y que reemplazó en ese sector de la ciudad, al desaparecido Jardín Florida. En 1918 la familia Liotti inauguró “La Perla”, con un monumental edificio destinado a confitería y cine que inició su larga vida con una función a beneficio de la filial correntina de la Cruz Roja. A partir de los años veinte se impuso la exhibición de largometrajes que, hasta la desaparición del cine mudo, requerían de la presencia de los músicos en vivo.

Hacia 1920 se sumó un nuevo espacio de reunión, el “Parque Villa Madrid”, ubicado sobre la

calle Ayacucho, en el camino de las quintas. Este emprendimiento, que respondía a una nueva iniciativa del empresario Gil Pérez, se hallaba alejado del centro de la ciudad, sin embargo fue rápidamente adoptado para la realización de eventos sociales y culturales nocturnos. Las “soirées” (veladas) de los veranos convocaban a la concurrencia de elite a escuchar piezas musicales. La terraza del “Vera” con Pedro Sacheri, el “Parque Villa Madrid” con Luis Gay y el cine “La Perla” con Amleto Viola, completaban los binomios que rivalizaban por acaparar la concurrencia de las familias que acudían, en cualquier época del año, a admirar las

producciones cinematográficas que arribaban de Buenos Aires.

Lentamente entraron en decadencia las formas de sociabilidad tradicionales como las retretas, las tertulias hogareñas y los banquetes masculinos propios de principios de siglo; las reuniones sociales se diversificaron en las formas y los espacios; la preferencia se inclinó por los lugares públicos y las casas de familia fueron perdiendo la trascendencia que tenían como espacios de sociabilidad, especialmente para los jóvenes. El crecimiento numérico de la elite acrecentada por los ascensos, el creciente protagonismo social de la clase media que buscaba sus propios espacios de sociabilidad, y la gran actividad desplegada por los jóvenes convertía en sitios de moda a los nuevos salones y confiterías, especialmente los ubicados sobre la calle Junín, y a los clubes deportivos surgidos en los años veinte.

Las escenas de paseantes que producían las retretas adquirieron un nuevo escenario desde el treinta con la pavimentación de la calle Junín. Esta importante arteria de la ciudad se impuso como centro comercial y como lugar de paseo por las tardes, obligando la interrupción del tránsito. La



Imag. 10: La actividad comercial de la calle Junín obligó a su peatonalización a partir de los años treinta.

costumbre de concurrir al paseo de Junín se generalizó a partir de los años treinta y la calle se convirtió en sitio de encuentro, tal y como lo eran las plazas a comienzos del siglo, reiterándose en estos paseos los gestos propios de las retretas, especialmente la observación mutua entre los jóvenes. Las “niñas bien” y los “mozos” con sus “idas y vueltas”, los presurosos peatones, los vendedores ambulantes y los inevitables cronistas popularizaron este paseo que imprimió a la tranquila ciudad un ritmo más acelerado, a los correntinos gustaba comparar con la calle Florida de Buenos Aires.

Al mismo tiempo, las reuniones sociales adquirieron un carácter más informal si se las compara

con las tertulias y recibos de las décadas precedentes. Las confiterías como La Perla, Café Buenos Aires, el Rex Bar y la terraza del nuevo Hotel Savoy se impusieron en las décadas del 30 y 40; mientras el Club del Progreso y el Jockey Club mantenían la preferencia de las damas que integraban las asociaciones benéficas, con sus thé dansant o dinner dansant para la obtención de fondos, y de los señores “esclavos del dominó” y otros juegos.

Uno de los entretenimientos más promocionado por la prensa y registrado por sus cronistas desde los treinta era el cine continuado, que se ofrecía en las nuevas salas del Rex, el Colón, inaugurado en 1942, y el San Martín, alejado del centro de la ciudad.

Las viejas tertulias fueron suplantadas por reuniones bailables organizadas en los nuevos clubes deportivos como el Club de Regatas y el Tenis Club, que atraían a las familias de los asociados y fundamentalmente a los jóvenes. Al promediar la década del treinta el baile semanal se instaló como práctica habitual con los aperitivos tangueros de los sábados y, fundamentalmente, con los copetines domingueros que ofrecía el Café Buenos Aires y, en los cuarenta, el Rex Bar.

Otro ámbito de carácter más popular para el disfrute del baile en los años cuarenta, fue la Punta Tacuara, en la nueva costanera. A estas reuniones, siempre exitosas y memorables, acudían los jóvenes en actitud favorable para el establecimiento de vínculos dentro de los marcados límites del sector social al que estaban destinados. Puede afirmarse que la expectativa que generaban estas reuniones en los jóvenes de los años treinta era comparable con la que producían las retretas en las décadas anteriores.

La radio, a partir de la instalación de la emisora de LT 7 en 1934, se convirtió en un nuevo entretenimiento apreciado especialmente por los amantes de la música y el

canto. Las programaciones, que eran publicadas por los diarios y revistas locales, incluían la difusión de grabaciones selectas de música clásica y popular; audiciones de piano en las que se lucían los alumnos de la Academia de Bellas Artes y los conservatorios; recitados y charlas literarias; bailables; disertaciones; informativos y comentarios deportivos.

Las actividades recreativas y los deportes

El Paseo Mitre que, por su

posición ribereña permitía el aprovechamiento del aire libre y el disfrute del río, no logró imponerse como sitio habitual de retretas, sin embargo era utilizado frecuentemente para la práctica de deportes y juegos atléticos, y para la celebración de las romerías (fiesta católica que consiste en una peregrinación que se dirige al santuario o ermita de una Virgen o un santo patrón del lugar) que organizaba la comunidad española. La instalación de la sede social del Club de Regatas en parte de su predio durante los años veinte, contribuyó a jerarquizarlo y auspició la práctica de deportes náuticos como el remo y la natación.



Imag. 11: **Club de Regatas Corrientes.** Vista del antiguo edificio del club destruido por un incendio.



Imag. 12: Excursión fluvial por el Paraná a bordo de un vaporcito.

El río estaba muy presente en la vida social. Una de las actividades más apreciadas, sobre todo por su escasa frecuencia, eran las “gondolatas” o fiestas venecianas, que consistían en paseos nocturnos por las riberas del Paraná en pequeñas embarcaciones como lanchas, botes o piraguas, y con la banda de música navegando a bordo de un vaporcito. También se organizaban paseos, excursiones o picnics hacia zonas cercanas a la ciudad, como Barranqueras o Empedrado, en los vapores que ofrecían las agencias de navegación. Con la llegada del otoño eran habituales los paseos campestres, que incluían almuerzos criollos, cabalgatas o picnics en las quintas, para

disfrutar del aire libre y el verde. Las cabalgatas, práctica corriente a principios de siglo, fueron paulatinamente abandonadas a medida que se imponía el uso del automóvil.

El primer deporte moderno que se practicó en la ciudad fue el fútbol, introducido por Santiago Fitz Simon durante la década de 1880 entre sus alumnos del Colegio Nacional. Sin embargo, al iniciarse el siglo XX el tiro adquirió mayor notoriedad, auspiciado por la Liga Patriótica. En junio de 1902 se construyó un polígono en el Paseo Mitre donde comenzó la práctica regular de esta disciplina por parte de la oficialidad y los conscriptos del ejército. Así surgió el “Tiro Federal”, la nueva asociación

programó concursos periódicos y solicitó al Ministerio de Guerra la provisión del material necesario para las prácticas. Respaldada por la comunidad que asistía a los concursos, la práctica del tiro fue ganando adeptos entre los hombres de distintas edades, ya que era considerada una actividad saludable y patriótica. Junto al Tiro, la Esgrima se desarrolló inicialmente entre los alumnos del Colegio Nacional, a instancias del profesor Ángel Turconi, quien a partir de 1905 instaló una Sala de Armas en la que impartía instrucciones en el manejo del sable y del florete a un buen número de jóvenes y caballeros.

En 1908, un grupo de aficionados a las carreras de caballos fundaron el Jockey Club de Corrientes, como una institución que debía velar por la pureza de la raza equina, organizar y fiscalizar las competencias y brindar a sus socios momentos de distracción. Pronto el Jockey Club se convirtió en la alternativa al bipartidismo que afectaba a los dos clubes sociales existentes, el Progreso y el Social. La reinauguración de las instalaciones del Hipódromo San Martín durante las fiestas del Centenario fue el prelude de sucesivas temporadas de exitosos y concurridos clásicos domingeros.



Imag. 13: Grupo de niñas y jovencitas en el Hipódromo.

El fútbol, en cambio, creció a medida que avanzaba el siglo. Hasta la formación de los primeros clubes, los equipos del Colegio Nacional y la Escuela Regional – posteriormente Normal de Maestros – acaparaban la atención de los jóvenes aficionados que concurrían a presenciar los match en el field de la Plaza Ferré, ubicada sobre la antigua “Calle Ancha”, luego denominada Avenida 3 de Abril.

En 1919 las comisiones directivas de los principales clubes de fútbol iniciaron las gestiones para constituir una liga que reuniera a los equipos existentes y ordenara la competencia. La misma se concretó el 7 de septiembre de 1920 con la participación de los clubes: Libertad, Kimberley, Huracán, Sportivo y Robinson. En adelante la “Liga Correntina de Football” fue la responsable

de la organización y fiscalización de los campeonatos. A fines del período, este mismo fenómeno se dio en el básquet que a comienzos de la década del ‘40 ya contaba con una liga que regulaba la actividad en torno a esta práctica deportiva.

En la segunda década del siglo XX, además de la práctica del fútbol y la afición al turf (deportes estrictamente varoniles y populares), se inició la práctica de deportes modernos, más aristocráticos y que admitían la presencia femenina, tales como el croquet y el tenis. Así surgió la “Asociación Sportiva Femenina”, que a partir de 1913 comenzó a organizar temporadas

deportivas en el invierno, en su campo de juego instalado junto al parque Villa Madrid, sobre la calle Ayacucho en el camino a las quintas.

Otra práctica deportiva que convocaba a las familias eran las regatas que corrían los equipos de alumnos secundarios en las fiestas patrias y los aniversarios escolares. Con la organización del Club de Regatas, situado sobre la ribera del Paraná en un terreno cedido por el municipio, y del Corrientes Tenis Club, que siguió a la Sportiva Femenina, en el predio de la calle Ayacucho, surgieron los nuevos centros sociales para la recreación de la sociedad.



Imag. 14: Grupo de jóvenes en el club de Regatas situado sobre las riveras del Paraná.

El asociacionismo y sus distintas expresiones

Uno de los aspectos fundamentales del desarrollo sociocultural en la ciudad de Corrientes, desde la segunda mitad del siglo XIX, fue el crecimiento del fenómeno asociacionista. Miembros de los distintos sectores sociales se reunían en base al reclutamiento voluntario o suscitado, para aportar sus conocimientos o su trabajo en función del logro de objetivos que quedaban plasmados en sus estatutos.

En su origen, el asociacionismo fue la respuesta a la iniciativa oficial de crear instrumentos de mediación entre los poderes públicos y la sociedad, para producir a través de ellos determinadas transformaciones. Así surgieron el primer Club Social de la ciudad, la Sala de Comercio en 1854 y la primera Sociedad de Beneficencia, creada por decreto en 1858. Más tarde surgieron los dos clubes políticos que reunían a los hombres adheridos a sectores políticos rivales: el Club del Progreso (1874) y el Club Social (1881). Ambos clubes

correspondían al tipo de las asociaciones de expresión, pues su finalidad consistía exclusivamente en satisfacer las necesidades y los intereses de sus asociados a través de actividades recreativas y culturales, brindando un espacio para la interrelación.

En la década de 1880 surgieron las sociedades dedicadas al sostenimiento de los asilos y la beneficencia, y las sociedades de ayuda mutua que agrupaban a los extranjeros, interesadas en beneficiar a su círculo de asociados y propagar los fines universales del mutualismo.

Desde fines del siglo XIX, por la concentración de elementos provenientes del magisterio y del ambiente intelectual, surgieron asociaciones como: La Fraternidad, Sociedad de Artes y Oficios, Sociedad 2 de agosto, Estímulo Literario, Sarmiento, Juana Manuela Gorriti, Amigas del Estudio, La Estudiantina; todas ellas con el objetivo de contribuir a la vida cultural de la ciudad, generando actividades de propagación de la lectura y de difusión de las bellas artes. Estos nucleamientos se organizaban internamente y nombraban comisiones directivas que acostumbraban reunirse en la Biblioteca Popular o en las sedes

de los clubes para la realización de sus reuniones y asambleas o la programación de actividades.

Una de las características más peculiares del asociacionismo correntino fue la proliferación de iniciativas con fines similares, que diversificaba el esfuerzo de los individuos y se plasmaba en pequeños organismos de vida breve y escaso movimiento. En los primeros años del siglo se sumaron a la actividad cultural asociaciones como: La Lira, Propagación de la Lengua Francesa, Hércules, Pro-patria, José Mármol, Círculo de Obreros, Berón de Astrada, Asociación de Maestros, Sociedad Literaria Guido Spano, Sociedad Teatral de Aficionados, Centro Intelectual, Sociedad pro-argentinidad, Sociedad Protectora de la Educación Práctica, Centenario, Amigos de los niños, Sociedad de Escritores y otras que no alcanzaron a concretar sus fines inmediatos por no superar la etapa de las iniciativas.

Estas sociedades, además de tener fines parecidos, compartían los asociados, especialmente aquellos sujetos que se caracterizaban por un alto grado de participación en la vida social y las actividades culturales o recreativas, y que al pertenecer



a varias comisiones directivas permitieron la conformación de una red de relaciones interinstitucionales.

Asimismo, la mayor parte de estas asociaciones eran creadas para perdurar, especialmente las de socorro mutuo y las de fines intelectuales y recreativos; otras sin embargo, surgían por situaciones coyunturales para el alcance de fines específicos, como el arreglo de los templos, la construcción de monumentos o la celebración de homenajes dedicados a personajes o acontecimientos históricos.

En el caso de las asociaciones surgidas con la finalidad de una existencia permanente, resultaba decisiva la posibilidad de lograr una sede social propia, construida o adquirida con recursos genuinos o subsidios del gobierno provincial o nacional. Este aspecto se destaca al observar el desarrollo, a lo largo del período, de asociaciones como el Círculo de Obreros y la Academia de Bellas Artes e Idiomas, y la vigencia de las asociaciones de socorro mutuo que nucleaban a los extranjeros y sus descendientes. En los casos mencionados, la posesión de un

edificio social obtenido con el apoyo de los poderes públicos (en los primeros) o el esfuerzo societario (en el segundo) logró fortalecer sus cimientos al impulsar a sus dirigentes al trabajo para el cumplimiento de los fines estatutarios.

La obtención de recursos para el cumplimiento de los objetivos era un aspecto de gran importancia que fue resuelto recurriendo, en todos los casos, a medios similares: la explotación de las posibilidades recreativas que ofrecía el escenario urbano y el gusto de los correntinos por las manifestaciones artísticas. En este aspecto, las fiestas patrias brindaban la posibilidad de obtener recursos y al mismo tiempo contribuir a las celebraciones con bailes o veladas que, por su significación y trascendencia social, siempre resultaban muy concurridas.

Al finalizar el período, el fenómeno asociativo contaba con representantes consolidados por una sólida estructura interna y la trascendencia social basada en el reconocimiento público de sus objetivos y realizaciones. Podemos mencionar entre ellos a la Academia de Bellas Artes e Idiomas; la Asociación de Maestros; la Universidad Popular;



Imag. 15: Damas de la Comisión Directiva del Asilo Maternal inaugurado en el Centenario.

la Biblioteca Popular; el Círculo de Obreros; los Asilos de Huérfanos, Maternal y de Mendigos; las Conferencias Vicentinas; los Clubes Social, del Progreso y el Jockey Club; la Liga Correntina de Fútbol; el Club de Regatas y el Tenis Club; así como también las asociaciones religiosas: Cofradía de Nuestra Sra. de la Merced, del Perpetuo Socorro, Pía Unión, Escuela Catequística, Tercera Orden Franciscana y Corte de San José.

Desde los años veinte proliferaron las asociaciones que reunían a miembros de una misma profesión u oficio y perseguían fines propios de la actividad o del gremio. Aparecieron así los Colegios de Profesionales y las organizaciones gremiales como el Centro de Empleados de Comercio; la Sociedad Gremial de Obreros Sastres y Anexos; el Centro de Almaceneros Minoristas y Afines; la Asociación de Empleados de la Compañía de Electricidad; la Unión Gráfica Correntina; la Asociación de Trabajadores del Estado; la Asociación de Intelectuales, Artistas y Escritores Periodistas, entre otras.

Las actividades culturales

La elite correntina, que al caracterizarse apelaba a adjetivos que daban cuenta del alto grado de cultura que se atribuía, acostumbraba apreciar las más variadas expresiones del arte universal. De esa manera los grandes maestros de la Composición Musical, la Literatura y el Teatro encontraban leales admiradores entre el público correntino.

Las instituciones educativas, más allá de sus fines específicos, fueron grandes centros de difusión de todo tipo de actividades culturales. Desde 1869 la ciudad contaba con el Colegio Nacional, al que se agregaron las Escuelas Normales de niñas y de varones desde 1884 y 1887; ésta última, con una nueva orientación pedagógica que la convirtió en Escuela Regional en 1903. A ellas asistían, para egresar como bachilleres y maestros, los jóvenes de la sociedad correntina de los sectores elevados y medios. Otra oferta educativa destinada a satisfacer las necesidades de los sectores medios y populares

eran: la Escuela Industrial de Varones (fundada en 1895) y la Escuela Profesional de Mujeres (1899) de la que se egresaba con preparación para el desempeño de distintos oficios. Las escuelas primarias, especialmente las más antiguas, como “Sarmiento” – de niñas – y “Belgrano” – de niños – eran importantes centros de actividad social y cultural, dado que a ellas concurrían los niños de las familias más acomodadas.

Hasta la segunda mitad del siglo XX los jóvenes que finalizaban su educación secundaria debían emigrar a Buenos Aires o Córdoba para realizar estudios universitarios. Desde 1920 la región contó con la primera oferta de estudios superiores con la apertura de la Facultad de Agronomía y Veterinaria dependiente de la Universidad del Litoral, que se convertiría luego en el embrión de la futura Universidad Nacional del Nordeste. También en 1920 surgió la Universidad Popular, que tuvo una larga y fructífera vida. Creada por la Sociedad Protectora de la Educación Práctica, se proponía brindar estudios prácticos y oficios a los jóvenes de los sectores populares.





Imag. 16: Acto escolar en la Escuela N° 2 Domingo F. Sarmiento en los años veinte.

Los miembros del magisterio, las instituciones educativas, las asociaciones culturales y de beneficencia, generaban numerosos espacios para el desarrollo de actividades artísticas tales como las conferencias literario-musicales, las veladas teatrales, las fiestas y exposiciones de fin de año. Estas reuniones, de cultura y de sociabilidad al mismo tiempo, constituían espacios de interrelación entre los sujetos y de apropiación de los bienes culturales que circulaban en la sociedad. Conocer las grandes obras de la Literatura y de la Música, apreciarlas por su valor

estético y moral, era un indicador de pertenencia a la alta sociedad. Así también, demostrar talento en las interpretaciones teatrales o las ejecuciones musicales, permitía que muchos individuos se destacaran socialmente y adquirieran prestigio, o bien gozaran de una elevada consideración. Fue este rasgo de la sociedad capitalina el que permitió que personalidades de la talla de Enea Verardini o Adolfo Mors (llegados a la ciudad a fines del siglo XIX procedentes de Italia), así como el español Pedro Crespo (que se instaló en Corrientes al promediar la

década de 1910), se integraran rápidamente a los círculos sociales al ver apreciadas sus capacidades artísticas.

La sociedad correntina apreciaba la Ópera italiana y los distintos géneros del Teatro español, especialmente la Zarzuela, debido en parte a la ascendencia italiana y española de muchos de sus miembros. La ciudad se había convertido desde fines del siglo XIX en una plaza importante para las compañías líricas y de comedias que recorrían en giras el interior del país.

La valoración del arte escénico acusaba una larga tradición en el deleite de la sociedad culta que, lejos de considerar a las funciones teatrales como simples jornadas de entretenimiento, las percibía como un medio adecuado para el cultivo del intelecto y el desarrollo del gusto estético; además de permitir a los espectadores de apreciar el “buen arte”. De allí su exigencia con respecto a la calidad de las obras y las interpretaciones de las compañías.

Al juzgar las cualidades del público correntino, los cronistas de la prensa local no dudaban en considerar justas sus exigencias, a pesar de que las distintas localidades del teatro, cargadas

de significación, reflejaban la variada procedencia social y el nivel cultural de los espectadores; puesto que no era lo mismo “el chiquilín inquieto del paraíso” que “el poderoso plus Valente de palco bajo”.

A comienzos de siglo el público de elite despreciaba las producciones nacionales que dominaban la escena del Circo a las que consideraba peligrosas por su contenido, siempre con relación al público que atraían, generalmente popular. Esta apreciación que se reflejaba en los despectivos comentarios de los cronistas de los primeros años del siglo, se fundaba en la consideración del Teatro como

instrumento de moralización, que se manifestaba constantemente en sus expresiones. El viejo teatro Juan de Vera, construido hacia 1860 y demolido en 1907 (para proceder a su reemplazo por una edificación de mayor infraestructura y jerarquía edilicia) fue inaugurado en 1913, luego de sucesivos inconvenientes que dilataron la ejecución de la obra.

Después del breve período en el cual la sociedad correntina estuvo privada del teatro, se produjo el cambio en la consideración del público hacia las obras nacionales, favorecido por su aceptación en los principales escenarios porteños. Lejos del desprecio inicial, los correntinos comenzaron a solicitar

la presencia de compañías de teatro nacional y de artistas como Libertad Lamarque, Azucena Maizani y Patrocinia Díaz, que desarrollaban temas populares en sus repertorios.

A raíz de la oferta cinematográfica constante y a veces mediocre, que dejaba insatisfechas las expectativas del público y de los cronistas, éstos celebraban como grandes acontecimientos la llegada de compañías teatrales o la programación de otro tipo de espectáculos. La opinión de los comentaristas acerca de la oferta teatral del Vera no era homogénea. Mientras los representantes de la prensa tradicional apoyaban las contrataciones de los empresarios locales, los más jóvenes resultaban en extremo críticos, hasta el punto de enfrentarse con los empresarios a quienes reprochaban por contratar con cierta frecuencia a las mismas compañías, y por no controlar la calidad de los repertorios y de sus intérpretes.

Desde el siglo XIX fue importante la actividad del teatro de aficionados, siempre promovido por las buenas temporadas de compañías que llegaban al Vera, y que generaban el entusiasmo por esta actividad, canalizado luego en alguna función benéfica. Una vez



Imag. 17: Nuevo Teatro Vera. Edificio del teatro con su terraza inaugurada en 1914.

lanzada la idea de organizar una velada teatral o literario-musical, se convocaba a quienes reunían las condiciones para desempeñarse en los distintos números que se programaban y ejecutaban en un verdadero trabajo colectivo.

En 1904 se formalizó la creación de la “Sociedad Teatral de Aficionados” que surgió simultáneamente con la Sociedad Literaria Guido Spano. Ambas perseguían fines culturales, pero la primera se proponía especialmente reunir fondos para la construcción del nuevo teatro, en tiempos en que ya se había planteado la idea de reemplazar el viejo “coliseo”.

Durante los años treinta, a los efectos recesivos de la crisis económica, debió sumarse una situación política inestable que influyó sobre los demás rubros de la actividad social. El movimiento desarrollado en torno de la cultura artística tuvo como principales propulsores a un grupo de personas y asociaciones nucleados en torno de centros como el Museo Colonial, Histórico y de Bellas Artes y los establecimientos educativos. Desde la década del treinta adquirieron un gran protagonismo: la Academia de Bellas Artes e

Idiomas “Josefina Contte”; el Club Español; la Sociedad de ex alumnas cooperadoras de la Escuela Normal de Maestras “Dr. Juan Pujol”; el Centro de “Ex alumnos de Don Bosco”; el Museo Colonial, Histórico y de Bellas Artes; la agrupación de gente de artes y letras “La Peña” y la Asociación Cultural Israelita “Scholem Aleijem”.

La Academia de Bellas Artes e Idiomas había surgido en 1907 como iniciativa de un grupo de damas lideradas por Josefina Contte y Rosa Dark, con el objetivo de fomentar la cultura artística a través de la enseñanza sistemática de algunas disciplinas: la música, el canto, la pintura, la literatura, la declamación y los idiomas extranjeros. Hasta ese momento el aprendizaje de esas disciplinas se circunscribía a la enseñanza impartida en las cátedras escolares y las clases particulares, estas últimas privativas de los sectores más acomodados. La propuesta de la Academia estaba dirigida literalmente a toda la sociedad, puesto que se establecía como propósito fundamental la enseñanza gratuita, pero tuvo mayor grado de aceptación y apoyo en la elite y el magisterio.

Con el apoyo de los sucesivos

gobiernos y de los representantes correntinos en el Congreso Nacional, la Academia logró establecerse sobre sólidas bases llegando a inaugurar su edificio propio en 1920, bajo la dirección de Josefina Contte, quien hasta su muerte ocurrida en 1927 reclutó a los maestros y artistas más destacados en todas las áreas.

En sus aulas impartieron clases – en los primeros tiempos – los maestros Enea Verardini y Adolfo Mors; más tarde se fueron incorporando figuras como Pedro Crespo, Marcial Prieto y Marta Grau, entre otros. Sus logros más importantes en cuanto a la formación de sus alumnos se dieron en las áreas de la ejecución musical, el canto, la pintura y la declamación. Desde sus primeros tiempos, las comisiones directivas de la Academia tomaron la costumbre de realizar veladas y audiciones literario-musicales para exponer los resultados de la tarea de todo el año; las mismas adquirieron gran brillo en las décadas del treinta y cuarenta.

El Museo Colonial, Histórico y de Bellas Artes, que abrió sus puertas en 1929, estuvo bajo la dirección de Víctor M. Claver; hombre de gran cultura y





Imag. 18: Museo Colonial, Histórico y de Bellas Artes. Abrió sus puertas en 1929, bajo la dirección de Víctor. M. Claver.

distinción que puso la institución al servicio de la vida cultural de la ciudad, auspiciando numerosas exposiciones individuales de pintores locales como José Negro y Pedro Antonio Ballerini. También lo hizo con artistas nacionales, especialmente con las obras premiadas en el Salón Nacional y otro tipo de muestras, como la exposición de arte italiano de 1935, con el fin de difundir el arte pictórico hacia el cual el público correntino no evidenciaba gran interés.

Con el fin de adquirir las obras que debían integrar la colección del Museo, se nombró delegado Ad Honorem al escritor Julio Díaz Usandivaras, editor de la revista “Nativa” quien visitó la ciudad en reiteradas oportunidades. En 1936 un gran acto literario-musical sirvió de marco para la inauguración de la muestra de obras que, en adelante, formarían parte de la exposición permanente del Museo. Entre ellas se destacaban las de Luís Perloti, Lola Chevallier, Adam Pedemonte, Antonio Parodi;

además de otras que se sumaron a los trabajos de pintores locales como Justa Díaz de Vivar, Marcial Prieto, Adolfo Mors, Octavio Gómez y los ya mencionados, Negro y Ballerini.

Además del arte pictórico, los salones del museo fueron escenario de veladas, conciertos y conferencias; se constituyeron en el centro de reunión favorito de los intelectuales y artistas de la época, especialmente de aquellos que formaron la asociación de gente de artes y letras “La Peña”. Esta asociación, surgida en noviembre de 1930, reunía a personalidades del ambiente intelectual y artístico relacionados especialmente con la Literatura, la Música y el Teatro como Gregorio I. Billordo, Víctor M. Claver, Elías Sarano, César Piccirilli, Ricardo Suárez, Gaspar L. Benavento, Francisco Manzi, Segundo Álvarez, Manuel Ubaldo Blanco, Roque Cataldo, Agustín Antón, José Negro y Guido Luchelli entre los más destacados.

Este grupo, que tenía como centros de reunión el museo y el Bar Guaraní, apoyaba todas las iniciativas artísticas locales. Su rápida inserción en el ambiente artístico y social se debió al prestigio individual

de sus integrantes que eran personalidades consagradas o jóvenes promesas. Sus objetivos iniciales se vieron obstaculizados por la crisis económica; no obstante lograron desarrollar una amplia actividad a lo largo de la década auspiciando conferencias, exposiciones, conjuntos filodramáticos y participando de veladas artísticas de todo tipo.

El rasgo que distinguió a “La Peña” de las demás asociaciones del período, fue su interés por el arte nativo y por las genuinas expresiones de la correntinidad. Este hecho motivaba la realización de giras por el interior de la provincia en las que además de brindar espectáculos literarios y musicales, se recogían expresiones del folklore que luego eran interpretadas por su orquesta.

Este importante núcleo de actores sociales fue el elemento esencial del desarrollo cultural y artístico de las décadas del treinta y del cuarenta; sobre todo al favorecer las relaciones interinstitucionales que enriquecieron el panorama de las actividades artísticas de la ciudad, extendieron su influencia a las localidades del interior de la provincia y del vecino Territorio Nacional del Chaco, donde se

vincularon con el “Fogón de los Arrieros”.

El teatro de aficionados era una práctica que esporádicamente proporcionaba espectáculos alternativos que permitían cubrir la ausencia de compañías. En este terreno, en las décadas previas, el maestro Pedro Benjamín Serrano y Pepe Puccini, “el decano de nuestras huestes filodramáticas”, se destacaban por la promoción de pequeños grupos de aficionados. Serrano dirigió obras del género chico español, interpretadas por jóvenes de sociedad en los primeros años del siglo, de las que participó Puccini. Éste, en los

años veinte, se convirtió en uno de los promotores de las veladas jocosas con que celebraban el Día del Estudiante los alumnos del Colegio Nacional.

Los músicos que se desempeñaban en la dirección de las bandas y en las orquestas que actuaban en la ciudad, habían arribado a ella procedentes de Italia o España y se dedicaron a la enseñanza escolar y particular. Enea Verardini y Pedro Crespo dirigieron sucesivamente la sección musical de la Academia. Este último fue representante del “Conservatorio Williams”, mientras que Amleto Viola



Imag. 19: Concierto en los salones de la Academia de Bellas Artes e Idiomas en los años treinta.

(contratado por Carlos Dodero en 1913 para dirigir la orquesta del teatro) tuvo a su cargo la representación del “Conservatorio Fracassi”.

Por su parte, la Academia de Bellas Artes e Idiomas reunió en la sección musical a profesores entre los que sobresalieron Walter Bauman, Miguel Ángel Moia y Águeda Sánchez de Bavio. Contribuyó también a formar ejecutantes de valor como Segundo Álvarez, Mateo Moretti, Julio Longa, María Elena Costaguta, Calixta García, e importantes voces como las de Aída Álvarez, Elvira Vargas Gómez, María Esther Ivancovich y Norma Palmieri, entre otras. En 1934, el maestro Crespo decidió constituir una orquesta filarmónica con la que ofreció un concierto didáctico en los Salones del Club del Progreso. La falta de apoyo oficial hizo fracasar esta iniciativa y la de fundar una sociedad filarmónica que sostuviera económicamente a la orquesta. Es probable que Crespo, ante esta situación, aceptara la dirección de la Banda de Música de la Policía, en la que volcó toda su experiencia y obtuvo excelentes resultados. Su intervención en la preparación

de conjuntos orquestales para las veladas organizadas por el Club Español, la Academia y otras instituciones lo llevaron a ser uno de los grandes protagonistas de la actividad cultural del período.

A partir de los años treinta se destacó la labor generadora de actividad cultural de algunas personalidades como Víctor Claver, director del Museo Colonial, Histórico y de Bellas Artes que integró, junto a otros destacados animadores de la vida artística, la agrupación de gente de artes y letras “La Peña”. También se destacó Teresa Grosso Soto, quien presidió la Sociedad de ex alumnas cooperadoras de la Escuela Normal de Maestras; fue inspiradora de las veladas anuales en las que participaban alumnas, ex alumnas y jóvenes sobresalientes de la sociedad. Colaboraron con ella en la producción de esos espectáculos, las directoras del mencionado establecimiento: María Magdalena Vera de Luciani y Luisa de Llamas.

En el terreno de la música, el canto y la actuación, merecen un párrafo aparte los núcleos de aficionados que desinteresadamente prestaban su colaboración y talento para la realización de los espectáculos

artísticos que anualmente organizaban la Sociedad de ex alumnas, el Club Español y la Academia.

A raíz de la crisis que redujo al mínimo la llegada de compañías, comenzaron a realizarse espectáculos teatrales que se convirtieron en los máximos acontecimientos sociales y culturales de cada año, celebrados por el público y la prensa. El inspirador de estos espectáculos fue, sin duda, el profesor Pedro Crespo, puesto que su figura ocupaba espacios claves en esas instituciones.

El Club Español había constituido un grupo filodramático que representaba obras de autores peninsulares en el salón que poseía la Sociedad Española de Socorros Mutuos, y a cuyo escenario se había llamado “Teatro Cervantes”. Este grupo integrado por jóvenes de ascendencia española actuaba bajo la dirección escénica de Felipe Mogort y representaba especialmente sainetes y comedias.

En 1932, aprovechando las cualidades de sus miembros para el canto y la actuación, el grupo aceptó el desafío de poner en escena la zarzuela “La Marcha de Cádiz”; popular obra del



compositor español Valverde, bajo la dirección de Mogort y Crespo, en celebración del día de la raza. El éxito obtenido por el cuadro de aficionados, llevó al Club a pretender reeditar el acontecimiento con la puesta en escena, al año siguiente, de la zarzuela “Alma de Dios”, de Arniches y Serrano, que nuevamente proporcionó a Crespo, Mogort y los intérpretes un amplio reconocimiento. El cuadro de aficionados estaba constituido, entre otros, por jóvenes que habían integrado un pequeño grupo de teatro experimental denominado “La Criolla” en los años veinte. El elenco femenino que lo secundaba se completaba con Rosita Folguera; Elvira Crespo; Margarita Palafox; Aída Álvarez; Esperanza Morell; Lolita López e Isabel y Virtudes Pomares. Mientras que en el cuadro masculino se destacaban especialmente Juan de Iriarte; Julio Sánchez; Juan Aymerich; junto a José T. Roqueta; Ricardo Plano; Andrés Gil de Gómez; Vicente Miguez; Vicente y Juan García; Manuel Carrillo; Moisés Albizu y Miguel Pomares. La mayor parte de ellos fueron animadores de la vida cultural en las décadas siguientes.

El éxito acompañó la labor del Club Español hasta el año 1934 con la reposición de “La Marcha de Cádiz”, pero los problemas políticos de la madre patria dividieron a la colectividad española dando origen a dos Centros: uno republicano y otro nacionalista que impidieron la prosecución de este tipo de espectáculos.

A partir de ese año, la Academia de Bellas Artes e Idiomas incorporó a sus veladas anuales, la representación de pequeñas piezas teatrales interpretadas por alumnas de sus cursos de canto y declamación, y por jóvenes aficionados. A iniciativa de Crespo se llevó al Vera la representación

de las zarzuelas “La Viejecita” de Miguel Echegaray en 1935 y “Los Bohemios” de Amadeo Vives en 1936, que constituyeron grandes éxitos. En el numeroso reparto se mezclaban alumnas de canto de la Academia como María Elvira Gallino Costa y Adela Lubary Segré; aficionadas de grandes cualidades como las hermanas Elsa y Olga López Torres; miembros del grupo filodramático del Club Español como Ricardo Plano, Juan Aymerich, Moisés Albizu y Julio Pomares; y miembros de la Agrupación “La Peña” como César Piccirilli y Ubaldo Blanco.

La interpretación de “La Viejecita”, obra en la que intervinieron sesenta personas



Imag. 20: Recital poético consagratorio en la Academia de Bellas Artes e Idiomas en los años treinta.

dirigidas por Crespo con la colaboración de Genaro Berón de Astrada, José F. Suárez y Ubaldo Blanco, provocó elogiosos comentarios de la prensa de Corrientes y de Resistencia (Chaco). Resulta importante destacar aquí que estos espectáculos fueron producidos y llevados a escena en momentos en que la Academia atravesaba dificultades económicas debido al escaso apoyo oficial que recibía. A pesar de ello, en 1935, la comisión directiva gestionó y logró concretar la apertura de una sucursal en la vecina ciudad de Resistencia. En medio de esas gestiones, la Academia tomó contacto con la bailarina italiana Niti T. de Cigersa, quien se había formado en la Scala de Milán. Este contacto fue decisivo para que la danza clásica se incorporara a las actividades de la Academia tanto en Corrientes como en la sucursal de Resistencia.

En 1936 la velada anual presentó números de ballet preparados por Niti de Cigerza en los que intervinieron sus primeros alumnos y, en ese mismo año, colaboró con Teresa Grosso Soto en el festival artístico de la sociedad de ex alumnas de la Escuela Normal. Desvinculada

de la Academia de Bellas Artes e Idiomas, en 1937, brindó a la sociedad resistenciana un brillante espectáculo denominado “Noche azul”. A partir de 1940, instalada definitivamente en Corrientes, presentó festivales coreográficos anuales, con el acompañamiento musical de orquestas preparadas y dirigidas por Pedro Crespo.

Al finalizar el período surgieron agrupaciones que en las décadas posteriores serían protagonistas de la actividad cultural como el “Teatro Experimental Alborada” de 1946, a partir del cual se constituyó posteriormente el Teatro Vocacional Corrientes; y NUPILI (Núcleo de Pintores Libres) promovido por el mecenazgo de Ramón Biberos, quien reunía personas dedicadas al arte y las letras, y organizaba anualmente Juegos Florales.

Las fiestas de carnaval

Los días de carnaval, con el preludio de las fiestas de San Baltasar, constituían la temporada más esperada por los miembros de los círculos sociales. El escenario de estas fiestas eran las barriadas del Cambá Cuá y Tacurú, ubicadas al oeste del vecindario de la elite. A las celebraciones concurrían numerosos devotos del Rey Mago, que acompañaban las procesiones de sus imágenes por las calles del barrio, y celebraban las vísperas con candombes, música popular y misa en cuatro iglesias.

Los faustos carnalescos eran concebidos como una válvula de escape a las exigencias e imposiciones de la vida social y religiosa. Se trataba de unos pocos días, cada año, en que estaba permitido liberar el espíritu y expresar libremente los pareceres, las ideas y los sentimientos. Los días de carnaval se permitía el ejercicio sano del humor, la broma, la burla satírica; horas de esparcimiento y diversión ilimitadas, vividas bajo la liberación de los instintos, que sólo en estas ocasiones era



permitido anteponer a la razón y las buenas costumbres.

La celebración anual del carnaval derivó en la institucionalización de prácticas y costumbres concebidas durante el siglo XIX, en las que se impusieron las reuniones, bailes de máscaras y la realización del corso por las principales calles de la ciudad. Ya en el siglo XX las prácticas de carnaval consistían en bailes, reuniones y recibos, que se realizaban en los salones de los clubes sociales y en residencias familiares; además de los numerosos bailes populares que tenían lugar en las distintas barriadas de la ciudad.

Desde el último tercio del siglo XIX los juegos carnalescos estaban reglamentados por una norma municipal que era puesta en vigencia y publicada por la prensa al iniciarse los preparativos de comparsas, bailes y corsos. El municipio también tenía a su cargo la responsabilidad de: auspiciar la realización de un corso oficial, fijar su recorrido, los horarios para su realización, nombrar la comisión de vecinos encargados de la organización y el ornato de las calles, además extender los permisos que gestionaban los organizadores de los bailes.

El reglamento permitía el juego con pomos, serpentinas, flores y papel picado; pero ponía límites al juego con agua que quedaba prohibido en las calles céntricas. Para poder utilizar disfraces era necesario tramitar un permiso ante la policía que debía exhibirse en lugar visible y por el cual se abonaba un canon. El permiso era otorgado a las máscaras sueltas, previa declaración de las características del disfraz que no podía ser vestimenta sacerdotal, uniforme militar vigente o trajes considerados indecorosos.

Los preparativos iniciales estaban dedicados a la organización de las comparsas de niñas y de varones, y a la realización de gestiones para que las familias abrieran sus salones. Los principales centros sociales: el Club del Progreso y el Club Social programaban recibos oficiales, contrataban orquestas, arreglaban sus frentes y salones, y cursaban las invitaciones correspondientes.

Las primeras expresiones eran las recorridas nocturnas de las máscaras sueltas. Los más audaces acudían a los bailes de los suburbios; los menos osados visitaban casas de familias de los círculos sociales, donde eran recibidos con música y

refrescos; o acudían a los centros sociales, los cafés, confiterías y lugares de recreo. Las comparsas se organizaban en los retiros veraniegos cercanos a la zona de las quintas y en los salones de las matronas y familias más caracterizadas de la sociedad.

Más allá de la fantasía, que nunca estuvo ausente, la realidad política y social inspiraba temas para la burla en un ejercicio extremo de las subjetividades. Por esta razón, la política – en una sociedad que vivía de, por y para la política – no podía estar ausente en los días de carnaval; en los que las rivalidades partidarias, los desacuerdos y las oposiciones desarrolladas a lo largo del año, eran llevadas a las calles en tono satírico. La llegada del carnaval parecía acentuar en el ánimo de los individuos las impresiones marcadas profundamente en el año precedente.

A principios del siglo XX las comparsas se componían de grupos reducidos de 15 o 20 personas organizadas en torno a una figura o familia, que elegía un tema determinado para representar en sus trajes: “Los hijos del siglo XX”; “Alborada”; “Las bebés”; “Las negritas cocineras”; “Los cartuchos”;



“Los hijos de Cupido”; “Los descendientes de Adán y Eva”; “Los amigos del progreso”; “La juventud alegre”; “El porvenir correntino”; “Los hijos del sol”; “Los intransigentes”; “Las golondrinas”; “Las gitanas”, fueron algunas de las comparsas y máscaras organizadas por los jóvenes de sociedad con estandartes y banda propia.

Durante los prolegómenos del carnaval, además de los bailes y recibos, se preparaba el corso. El municipio fijaba los días de celebración y el recorrido que debía abarcar y nombraba la comisión encargada de los preparativos. En las primeras décadas del

siglo XX el recorrido del corso se hacía sobre tres cuadras de las calles más importantes de la ciudad como San Juan, Rioja o Julio. Muchas veces se generaban disputas entre los vecinos por el recorrido, que en algunos momentos generaron corsos paralelos en distintas calles.

El corso oficial contaba con la subvención que todos los años asignaba el municipio, al que se sumaban los recursos obtenidos por suscripción popular entre los comercios y las cocherías. Las máscaras y comparsas que recorrían las calles pobladas de balconcitos y peatones, provenían de todos los sectores;

sólo las niñas de los círculos sociales participaban haciendo el recorrido en coches o carruajes lujosamente adornados. Los participantes eran observados por un jurado y podían acceder a los premios ofrecidos por las casas de comercio más importantes de la ciudad.

En los años veinte persistió la costumbre de organizar las comparsas durante los retiros veraniegos y en las semanas previas. Algunas agrupaciones tuvieron continuidad por varios años, hasta prácticamente institucionalizarse como es el caso de: “Los marineros”, “Los pescadores del sur” y “Los tres chinitos”; y algunas máscaras como “El napolitano”, “Los dos negritos africanos” y los clásicos e innumerables “gauchos payadores”.

La realidad continuó inspirando representaciones satíricas, especialmente los acontecimientos internacionales del año fenecido. Muchos jóvenes desfilaban por el recorrido oficial caracterizando a principales figuras de la política local y las niñas representando manifestaciones feministas. Crítica a las prácticas políticas de los viejos líderes por parte de los jóvenes – que buscaban mayor



Imag. 21: Los corsos por San Juan, Junín o la costanera, eran una de las actividades más esperadas en los días de carnaval.

grado de participación en la vida política – y reflejos de la realidad de la época, caracterizaron las expresiones carnavalescas a partir del centenario.

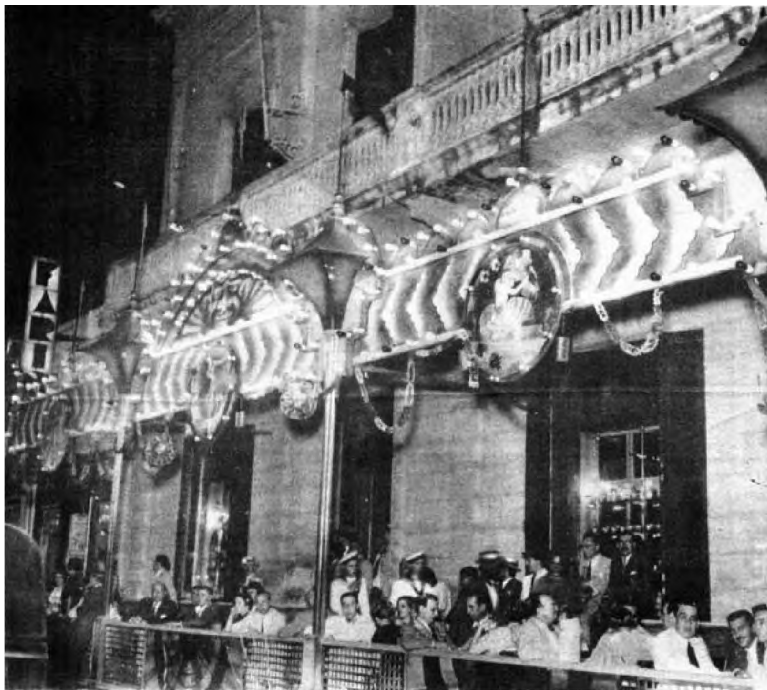
La gestión popular en la realización de los corsos continuó bajo las mismas formas. La Comisión pro-corso se constituía todos los años con elementos renovados y representativos. Se organizaba un jurado para la adjudicación de los premios y se recurría, cada vez con más frecuencia, a la participación femenina. En estas comisiones se destacaban niñas y señoritas de gran actividad social.

La colocación de palcos sobre el recorrido fue objeto de dedicación especial por parte de los organizadores y su demanda creció año tras año. Las familias debían adquirirlos pagando el precio estipulado por la comisión, que los hacía preparar con carácter uniforme, para que se destacara el palco oficial. La importancia del palco oficial y la posibilidad de ocupar un lugar en él, creció a partir de 1923, año en que por primera vez las autoridades provinciales se hicieron presentes revestidos del carácter de sus investiduras y no como simples ciudadanos; recorrieron las calles

del corso a bordo del coche oficial acompañados por las autoridades de la comisión organizadora.

Los desfiles de señoritas y de niños en carros y automóviles que se generalizaron a partir de los años veinte, adornados y caracterizados para representar un tema determinado, ponían la nota de buen gusto y de clase que pretendían exaltar los miembros de la elite. Pero el carnaval no se reducía a la expansión de los miembros de la elite, a pesar

de las marcadas diferencias, y continuó convocando, como era habitual desde principios de siglo, a personas pertenecientes a los sectores populares, que de una manera diferente ponían su nota de colorido particular.



Imag. 22: **Desfile de carnaval por la calle Pellegrini en 1920.** Palco ubicado frente al hotel Buenos Aires.

La presencia de los niños adquirió mayor trascendencia a partir de los años 20, en los que se organizaban desfiles especiales por las tardes. Los premios, donados por las casas de comercio y asociaciones, eran instituidos por un jurado nombrado por la comisión pro-corso entre sus integrantes o destacados vecinos y para competir por ellos, tanto las comparsas como las máscaras, debían detenerse ante el palco oficial.

El premio más importante era el de reina del corso otorgado a través de una democrática elección en la que se expedían todos los concurrentes, depositando su fallo en una urna dispuesta por la organización. En la tarde del último día, en el Café Buenos Aires, se realizaba el escrutinio ante la presencia de un escribano. En los últimos años de la década del '20, se adoptó la costumbre de elegir dos reinas: la del corso, quien debía salir todas las noches vestida de fantasía; y la de belleza, que podía ser cualquier concurrente. Como el carnaval se cerraba el día martes anterior al miércoles de ceniza, el domingo siguiente se realizaba un paseo simbólico de ambas reinas por las calles céntricas en un coche tirado por caballos.

Finalizados los desfiles del corso, continuó hasta el final del período la costumbre de asistir a los bailes y recibos de los clubes o familias para la gente de los círculos sociales, mientras que los sectores populares festejaban en los bailes de los arrabales. A partir de los años veinte, en el teatro Mayo de la calle Mendoza, se organizaron bailes populares de grandes dimensiones.

El carnaval, en todas sus manifestaciones fue una fiesta popular que a pesar de mostrar las diferencias entre los sectores sociales, unía a toda la comunidad urbana en un sólo festejo, donde *“...pobres, ricos, viejos, jóvenes, todos probaron de la dulzura de un momento en que se olvidan las crueldades de la vida...”* (El Liberal, 3 de marzo de 1919).

Durante la década del cuarenta las barriadas más alejadas del centro consolidaron su protagonismo en el carnaval organizando sus propias comisiones, corsos y bailes; e integrando una comisión central, que reconocía a todas estas organizaciones y era la encargada de establecer los premios. Antes de la llegada de las grandes comparsas de los años sesenta, los desfiles de carnaval se habían modernizado con la inclusión de carrozas con reinas y princesas;

camiones ricamente adornados y conjuntos orquestales que competían representado a los distintos barrios de la ciudad en el escenario excluyente de la calle Junín.

